

Prólogo

CONCHA ROLDÁN (IFS, CSIC)

El futuro ya está aquí. Tras varias décadas pisándonos los talones, por fin nos ha dado alcance con sus botas de siete leguas, aplastando ese resquicio de presencia que luchaba por pervivir entre las conmemoraciones de un pasado pluscuamperfecto y el asaeteamiento simultáneo de un sinfín de noticias y bulos, demandantes de nuestros clics más que de un concurso real. La sociedad del cansancio. Si es que alguna vez hubo una genuina continuidad, ahora nuestra línea del tiempo se agolpa en la cabeza de una flecha que ha perdido su astil a fuerza de aceleración y se abandona apática ante el olvido del arco que la lanzó, atorada en unas redes que frenan su capacidad de acción. ¿Estamos condenados a perecer bajo este futuro omnímodo o podremos resignificar como punta de lanza ese objeto inerte en que nos estamos convirtiendo?

El ensayo de José Tono Martínez que me cabe el honor de presentar nos confronta con ese futuro y con ese cruce de genealogías que nos ha abocado a él. Mejor dicho, nos deja asomarnos a diversas perspectivas postreras de nuestro tiempo desde un «conjunto de ensayos», puesto que cada uno de los veintiún relatos que nos regala (los quince primeros obtuvieron el otoño pasado el Tercer Premio del II Premio Internacional de Ensayo María Zambrano) puede ser leído con independencia y acabamiento. Y lo hace con un cierto poso

nihilista y posmoderno, pero sin sombra de pesimismo, pertrechado de un vitalismo existencial que no le permite arrojar la toalla de la responsabilidad ética y política con las generaciones futuras, para las que aún queda un atisbo de esperanza (a lo Bloch) si despiertan a su capacidad de maniobra. A ellas y ellos, que podrán mejorar el mundo, dedica su libro. Nos queda la palabra.

A lo largo de estas páginas José Tono nos lleva al borde del abismo, nos deja sentir el vértigo de la nada, esa insoportable levedad del ser ante anticipación de la caída fatal. Pero en el último momento, cuando ya nos abocamos al vacío sobre las puntas de los pies, nos rescata del precipicio levantándonos hacia lo alto, como un águila que nos transporta a su nido (donde quizá podamos robar el fuego de los dioses) o como un ave fénix que se regenera en pleno vuelo: las ideas importan. Ya no caemos. A vista de pájaro sobrevolamos espacios alternativos, otrora marginales, a la vez que nos replegamos en nuestro interior a la búsqueda del silencio y la reflexión pedidas. Es así como entiendo el «tratar de estar en otro tiempo, *fuera de lugar*» de nuestro autor, descolocándonos para poder redescubrirnos desde ese lúcido instante que encierra todo el tiempo transcurrido y que nos permite «escapar del futuro con la dignidad intacta», como reza la sentencia de Cornelio Tácito que da título a la obra.

La llamada *posmodernidad*, lo mismo que la filosofía crítica de la Escuela de Frankfurt, proponían una ruptura con la historia por los horrores y crímenes del pasado *moderno*: la atroz experiencia de las guerras mundiales en el seno mismo de la civilización occidental, con sus campos de exterminio, algo que hacía dudar del poder salvífico de la razón, de la fe en el progreso y en la ciencia y de la capacidad humana para alcanzar cualquier tipo de utopías. Lo mismo que no menos se criticaban las incursiones positivistas en la predictibilidad

científica del futuro. En resumen, lo que quería era huirse de cualquier explicación holista y unitaria de la historia, esto es, de lo que Lyotard llamó los *grandes relatos*. En cualquier caso, parece que el llamado *debate de modernos y posmodernos*, que tanto recordaba al suscitado en el siglo xvii entre *antiguos y modernos*, aún se está saldando con un haber positivo al haberse roto en pedazos el espejo de lo absoluto. Pues no le venía nada mal un baño de modestia a esa filosofía que buscaba arrogantemente racionalidad en todas las formas de realidad y verdades con mayúscula —como defendí en *Entre Casandra y Clío*—. Un esfuerzo en el que seguimos codo a codo los que podríamos denominarnos *modernos posmodernos* (tomo la denominación del filósofo alemán Wolfgang Iser), una vez aclarado que la propuesta posmoderna más seria (Vattimo, Lyotard) de una «racionalidad diferente» no quiere desembocar necesariamente en la irracionalidad.

Podemos encontrar bastantes ecos de raíz benjaminiana en esta discusión sobre la posmodernidad en el libro de José Tono. Y también sobre el «acierto político» de Fukuyama al homologar ya entonces al capitalismo con el frente común de la sociedad de mercado-democrática-tecnológica. Tras el anuncio por Fukuyama a finales del siglo xx de que la historia occidental había llegado a su punto final, hemos asistido a una proliferación de relatos históricos y de reflexiones plurales sobre la historia. En algunos de mis escritos de comienzo del siglo xxi interpreté como un «movimiento de resistencia» esas vueltas a la historia.¹ Ahora me atrevería a decir que en este libro nos encontramos ante una peculiar filosofía de la historia en la que los tres tiempos —pasado, presente y fu-

¹ Concha Roldán Panadero: «Nuevas vueltas a la historia. Por una filosofía de la historia doblada de ética», en José Francisco Álvarez Álvarez y Roberto Rodríguez Aramayo (coords.): *Disenso e incertidumbre*, Madrid: Plaza y Valdes, 2006, pp. 519-550.

turo— se conjugan *hacia atrás*, pero sin despreciar las riquezas del pasado.

Tal y como ya he recordado en otros escritos, ni el futuro se puede predecir, ni el pasado es algo fijo, cerrado, terminado. Como le reprochaba Danto a Peirce: «Siempre estamos revisando nuestras creencias sobre el pasado, y suponerlo ‘fijado’ sería desleal al espíritu de la investigación histórica». ² Solo que no podemos olvidar que a la historia se vuelve de muchas maneras, son muchos los relatos, diversos, plurales: *ensayos* de vuelta a una historia que, reina de la contingencia, deberíamos escribir siempre con minúscula.

Como diría mi apreciado Leibniz, solo de la complejidad se nutre el *ars inveniendi*, lo mismo que las encrucijadas, los cruces de camino, son los mejores lugares para intercambiar experiencias o conocimientos, para enriquecerse. Como bien recordaba Javier Muguerza, ³ los tiempos no parecen estar para sistemas ni para *Razones* con mayúscula: por eso creo que la forma de expresión filosófica que más triunfa es el ensayo. El ensayo es un intento más de seguir adelante, con el equipaje de campaña, luchando para que a los seres humanos no se les cierre de una vez por todas la puerta del futuro o, mejor aún, para que sean tantas las puertas que quedan abiertas que por alguna se pueda escapar del encorsetamiento de un pasado pluscuamperfecto. Filosofía sin verdad —dice Tono—, en tanto que «la filosofía es parte de un conocimiento que ya no está relacionado con la verdad con mayúscula».

Penélope envejeció en un presente tan reiterativo como prometeico, tejiendo y destejiendo la memoria de su pasado en espera de un futuro mejor. Ulises impenitentes, los modernos posmodernos ensayamos regresos a la historia, como

² Arthur C. Danto: *Historia y narración: ensayos de filosofía de la historia*, Barcelona: Paidós, 1989, p. 102.

³ Javier Muguerza: *Desde la perplejidad*, Madrid: FCE, 2006, p. 109.

si de nuestra Ítaca particular se tratara, ese hogar que acaso nos podría devolver la identidad perdida. Pero son muchos los caminos de vuelta a una Ítaca de la que, además, dudamos que siga estando en su lugar y, si está allí, que siga siendo lo mismo: hemos dejado de creer en la univocidad de la identidad. Afortunadamente, ya no hay un pasado único en el que refugiarse, pero tampoco hay una Ítaca posible a la que retornar. Ya «*de vuelta* del pasado», «damos vueltas» a posibles «nuevas formas de pensar la historia» que, sin embargo, no nos conduzcan a los mismos errores que generó la desmedida ambición de una razón absoluta que ahora se pretende transhumanista, como nuevos *frankensteins*-ciborgs a la búsqueda de una simbiosis que acabe con la certeza de esa muerte que nos hermana, porque esa eternidad estaría solo reservada a los *escogidos*; a los ricos, los poderosos, los *mejores...*, cuando ya sabemos que lo mejor es enemigo de lo bueno.

Ciertamente, la historia no es lo que era. Pero continúa pensándose sobre y a partir de la historia, de nuestra historia, como si los filósofos hubiéramos experimentado un giro desde lo *perenne* a lo *perentorio*, esto es, hacia los problemas prácticos que se desgajan de la marcha de los acontecimientos históricos. Por eso, la reflexión sobre lo que sucede —sobre lo que sucedió o puede suceder— nos obliga a volver en definitiva sobre la ética, sobre la acción, apostando por una *contingencia* teñida de *responsabilidad* que devuelva algo de su protagonismo a los sujetos.

No quisiera explicitar más el contenido de un texto que recomiendo leer y saborear, pues cada ensayo —cada capítulo— nos abrirá miles de puertas, nos llevará a infinitos recovecos y laberintos, como los más preciados jardines barrocos. Hay mucha cultura y mucho compromiso detrás de estas páginas en las que José Tono dialoga con una gran nómina de pensadores y pensadoras contemporáneos. Como buen rortiano,

el autor nos transmite un discurso que sabe destilar ironía acompañada de grandes dosis de solidaridad, en tanto que no puede pasar de largo de los grandes problemas de nuestra sociedad actual: desde el androcentrismo y el antropocentrismo al feminismo, desde la globalización al antropoceno, desde la hiperconexión cibernética y los *señores del aire* (que nos descubrió Javier Echeverría) a la *Galaxia Rural* que tematizó nuestro autor ya en otros lugares. Permítaseme acabar elogiando el arrojo de José Tono Martínez por atreverse a pensar en público, «pensar sin barandillas» (por recordar el título de Richard Bernstein), apelando a la inteligencia de los lectores a los que quiere traspasar esos interrogantes que constituyen su mundo, para —desde el más genuino programa nihilista— construir un legado de «buena memoria», una vez superadas las batallas por los antecedentes y las genealogías, una vez modificado ese pasado único y totalitario que se nos impone como relato de pertenencia a una determinada comunidad y que se quiere prolongar en un futuro prefijado.

Gracias, Tono, por hacernos desear el silencio, la lentitud y el sosiego para reflexionar, gracias también por acercarnos a los otros contextos, a las culturas extintas, a las lenguas clásicas, a la mirada del arte, a todos aquellos recursos que nos rescatan de la anonimidad de la masa para devolvernos a la incómoda proximidad de una individualidad perdida que nos marca nuestros límites, a la vez que nos acerca a la experiencia auténtica de lo colectivo, de las libertades compartidas frente al falso bienestar impuesto por una sacralizada hiperconectividad.